

Cuando muere un “adversario” de la Iglesia  
P. Fernando Pascual  
2-7-2010

Ante la muerte de algún personaje famoso que se caracterizó por su desprecio hacia la Iglesia, por su indiferencia hacia Dios, por sus ataques más o menos viscerales, pueden surgir entre los católicos reacciones diferentes.

Algunos, quizá con razón, recordarán la hostilidad y los ataques de tal personaje. Sobre todo, si era escritor, si enseñaba en una universidad, si tenía amplios espacios en los medios de comunicación, si preparaba guiones de películas, es fácil hacer un elenco de sus desprecios, de sus hostilidades contra todo lo que tuviera que ver con Dios y con la Iglesia, y señalarle como lo que fue: un aguerrido “adversario” de la Iglesia.

Otros, desde una mirada diferente, sentirán cierta pena. Pena si el personaje en cuestión no se arrepintió, no se confesó. Pena si ese hombre o esa mujer mantuvo hasta el final una actitud de rechazo hacia la religión. Esa mirada diferente lleva a levantar los ojos y el corazón para pedir a Dios por un alma que llega al momento de su juicio.

No podemos, ciertamente, obligar a nadie a entrar en el cielo, ni a pedir perdón, ni a llorar por lo realizado en el pasado. Pero el final de la existencia terrena de cada ser humano puede llegar a ser decisivo, más allá de lo que vean quienes están cerca o lejos del moribundo. Quizá en lo más íntimo de un corazón que agoniza se produce un último gesto de reconocimiento de los dones de Dios, una petición sencilla, imperceptible a los ojos humanos pero no para el Señor, que lleva a acoger la Sangre de Cristo y a suplicar perdón por los propios pecados.

Como católicos siempre podemos pedir a Dios por el alma de esa persona. Es una magnífica obra de misericordia rezar por los difuntos, para que al final del camino terreno el don del Amor de Cristo pueda limpiar cualquier pecado y pueda acoger a quienes, a veces sin verdadera culpa (sólo Dios conoce lo que hay en el interior del ser humano), han vivido lejos de la Iglesia, pero a los que de mil maneras buscaba Dios para poderles dar, un día, un abrazo eterno de misericordia.